

Bernhard Schlink – Biografía



Nació el 6 de julio de 1944, en Bielefeld, Alemania. Es escritor y jurista. En 1998 fue nombrado juez en la corte constitucional del estado federal de Renania del Norte-Westfalia y es profesor de historia de la ley en la Universidad de Humboldt, Berlín, desde enero de 2006.

Su carrera como escritor comenzó con novelas policíacas, teniendo como protagonista a un personaje llamado Selbst (juego de palabras con Yo Mismo); su primera novela se llamó Autocastigo.

Otra de sus novelas, El nudo gordiano, ganó el premio Glauser en 1989. En 1995 publicó El lector (Der Vorleser), una novela parcialmente autobiográfica.

Obras de Bernhard Schlink

- 1987 La Justicia de Selb
- 1988 El nudo gordiano
- 1992 El engaño de Selb
- 1995 El lector (*Der Vorleser*)
- 2000 Amores en fuga
- 2001 El Fin de Selb
- 2006 *Die Heimkehr* (Edición en lengua castellana)
- 2008 El regreso.

Bernhard Schlink en Internet

[Http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/23581730981236186343679/p0000001.htm#|_0](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/23581730981236186343679/p0000001.htm#|_0)

El lector

Hipócrita lector.....

¿Comprender el crimen, significa empezar a perdonarlo?
 ¿Castigar lo que no entendemos completamente, nos convierte en verdugos?
 ¿El novelista que intenta entender, en lugar de denunciar, se hace cómplice del escándalo? Y qué hay del "«hipócrita lector»", como lo llamó Baudelaire, "«mi semejante, mi hermano»"... ¿Cómplice, también?

Esas son algunas de las preguntas que nos formula la espléndida novela El Lector, de Bernhard Schlink. Acaba de terminar la segunda guerra mundial. Michael Berg tiene 15 años y vive en una ciudad alemana cualquiera. Una tarde, volviendo del colegio, el muchacho se siente mal y vomita en la calle. Una mujer madura y atractiva lo auxilia. Se llama Hanna y tiene 36 años. Comienzan una relación erótica. Ella lo baña, lo seca, lo cabalga, lo inicia en las ficciones del deseo. Hanna trabaja como cobradora de tranvía. Es simple, vive en el puro presente y no le gusta hablar. Tal vez para callar al muchacho que hace demasiadas preguntas, le pide que lea. Michael parte con lo único que tiene, le lee sus textos de estudio: Schiller, Goethe. Luego, entusiasmada, ella le pide más. Michael inicia a su amante madura en el deseo de las ficciones. Se internan en Dickens, en Tolstoi. Durante casi un año "«mantuvimos nuestro ritual de ducha, lectura, amor y reposo. Le leí Guerra y Paz...»". El muchacho se enamora cada vez más. Roba un camisón de seda para ella, padece los incomprensibles silencios de la mujer. Y los llena leyéndole, leyéndole... Hacen un viaje de verano en

bicicletas. Luego, de pronto, sin ningún aviso, Hanna lo deja, desaparece. Y Michael, terriblemente desilusionado, crece. Crece afectado de "«aquella combinación de cinismo y sensibilidad»" que, quizás, sea la marca ambivalente de la generación alemana de posguerra.

Siete años después, Michael es un fervoroso estudiante de derecho. Un joven inocente que culpa a toda la Alemania de sus padres por haberle heredado un pasado inexcusable. Fervoroso e inocente, asiste a un juicio contra criminales de guerra. Hay cinco mujeres acusadas por la muerte de varias prisioneras en el campo de concentración del que eran guardianas. Entre ellas, Michael reconoce a Hanna... Y reconoce el dilema que en adelante dividirá su vida. Entre el deseo de castigar la ignominia colectiva, añadida a la traición amorosa que le hizo ella; y por otro lado: el verdadero amor que, como el auténtico mal, es en el fondo irremediable.

Una zozobra ética de esta especie es, precisamente, el ejercicio que El Lector propone a sus lectores. Una agonía moral inusitada en la novela política contemporánea: "«Quería comprender y al mismo tiempo condenar el crimen de Hanna. Pero su crimen era demasiado terrible. Cuando intentaba comprenderlo tenía la sensación de no estar condenándolo como se merecía. Cuando lo condenaba como se merecía, no quedaba espacio para la comprensión»".

En una novela sobre erotismo y política, Schlink jamás incurre en las pornografías propias de esos dos temas. Jamás pormenoriza un acto sexual. Y nunca excusa a un partido. No sólo eso, Schlink escoge deliberadamente un punto de vista que nos implica: el del lector (en una novela llamada «El lector», todos venimos a ser protagonistas). Y desde allí nos conduce inexorablemente a comprender al verdugo. Mostrándonos en él al débil, al analfabeto, aquel para el cual el mundo es un

enigma violento al que sólo puede responder con la violencia de un animal ciego.

Pero hace Bernhard Schlink algo más, algo por lo cual esta novela política y moral es de una especie extraordinaria. Nos lleva hábilmente a comprender cómo se puede amar a la guardiana, amar al «malo». Y que en tal caso no hay manera de escoger honestamente entre ese amor y nuestro deseo de justicia. Como ocurre con los grandes libros, no es sólo nuestra inteligencia e imaginación la que es puesta a prueba, es nuestra tolerancia, nuestra cultura (cultura como sinónimo de humanidad).

Llegamos a este libro premunidos de nuestras bárbaras certezas. Y lo dejamos, civilizados por la duda.